

I

Al primer despertar de una ventura aversa
de alta ceja encarnada,
en lecho de retama torpemente se mueve

Jonás, picado por un mandamiento:

- Vete al fulgor de Nínive, trastorna todo oído,
trueno por la ciudad:

"Yo, Jehová, vuestra maldad juzgaré:
mi diestra se cansó de tanto peso."

Jonás, hijo de Amittai, obedeció mal. Aún

esperó, cojeante,
retorcía sus dedos por no tomar la vara
ni alcanzar el quivón.

- No - Jonás dice. -

Esta vez, oh Jehová, sería en vano.
Me siento fatigado
de caminatas y visiones

No muevas con más prisa ramblino en mis días.

¿Quién iba a hacerme caso?

Contra el fagín del cielo ya no sé sostenerme
 para invocar o maldedir.

Como el ave nocturna gimo, pues la vejez
 mi voz debilitó.

Ya no estoy fuerte, sino menguado por la pena.
 Que tenga tiempo, al borde de la muerte,
 de hacerme el perdedizo

Como tío. Como el que nunca te oye en ruidos alguno.

Como con quien no hablas.

Que igual me sean uno y tío día
 un tío y tío de las rememoras.

Así que, el alfarero no cambia ningún molde,
 la vieja, al alba, arregla su casa por rutina,

Hazme negado para tu terror,

Como aquel que empezando a comer de su pan
 tra ideas no tiene que de su pan le aparte

Como el que por cansado ya no siente amoranza

Como quien jamás supo qué cosa es la tristeza
 de lo que no vendrá.

Hace tiempo, Teherán, me era opresión mi noche
 mi yo puesto de súbito en cada extraña senda.

Yo tenía mi oficio: al trabajo aprendido
 me inclinaba la brisa de todas las mañanas.

En mi aldea vivía, junto al bosque;

Y me privaba de condumios

pensando en adquirir mi vino en la bodega.

Construída mi casa, buscaría mujer

Y amparado en la noche, sembraría linaje

(Bueno es que el hombre tenga un sitio

Y que, cuando regrese de sus campos,

se siente en el umbral y mire las estrellas,

Y que su mujer, que se acerca despacio,

diga en calma: — Me gusta haber nacido. —)

Una vez
 un mendigo pasó frente a mí —
 la barba y los cabellos adornados de polvo
 y un dedo tembloroso que amenazaba al mundo.
 Veía y daba gritos, pero él ausente estaba
 de sus ojos y su inflamada voz.
 Lo rodeaban chiquillos haciéndole la burla.

- La rama le golpea, trata por barrizales.
 - Odra de vino ¿de qué bodega vuelves?
 y el canto de una piedra le fue a herir.
 y él me tenía por su frente en sangre:
 por el hilo de luz que cielo y tierra enlaza
 iba, lleno de Dios, tambaleándose.

y ya, retomando mi útil de faena,
 Jehová, te di las gracias
 por mi aldea tranquila y mi trabajo
 y por la cobertura de mi fe,

...
 y por tu ley de cantos que no cesan
 y por tus mandamientos, preceor en mi camino —
 para que no pudiera maltratarme tu furia
 como brujía en el ojo del ciclón.

Entonces por tres años inseguros
 deshicieron mi huerto las plagas y el granizo
 y el trigo se murió;
 me robó las ovejas del redil
 un príncipe que mueve su tienda en el desierto;
 y yo, herido por una saeta,
 balbucía como quien pierde el juicio.

¿Qué me valieron paciencia y trabajo
 y el haber salmodiado la voluntad de Dios
 y el haber observado la ley y haber cumplido
 todo ese envuelto de las obediencias?
 ¡Ay del que, recto, se alza tal día de piedra, angustio!
 Cuando se expande Dios, cuando se eleva,
 priva al hombre de toda
 pretensión de ser justo.

Fui arrancado del bando
de la gente honorable.

- Seas escoria, dijo la Voz, seas escándalo
de virtudes podridas en su propio contento.

Te bastará la vida de los desarraigados;

Más por sendas sin nodos;

a quien sea que te hable, su mujer le dirá:

"¿Tratas con este hombre?"

Y tú, mal que te niegue su techo gente avara,

y ladren a tu paso los perros y chacales

échale mal de ojo a la clara belleza

e infecta de miseria alegría y deseo,

pues por toda mirada, Reduante o mortecuna,

se aclarará de pronto, ardida por la fe:

Vendré cual terremoto, cual aguacero oscuro

porque Yo soy, Yo solo, Jehová.

Y así he ido por el mundo, profero en tus leyes,
embarrullándome en alegorías,

y contando tus cumplimientos y tus retos
a naciones y reyes. . . .

Me gustaba jugar entre la escasa paja
 y el pan sobrando y ya molido
 y la miel del tronco horadado
 y las muras de los zarzales.

Man cansado, con sueño o alentando en atajos,
 en el medio nocturno y en auroras de llanto,
 sólo pensaba hacer tu voluntad, cuando era
 mi cuerpo más robusto.

"Jehová me ha apresado - dije -; su fuerza eleva
 mis pura todavía en un gastado vaso.

La pobreza domina cada una de mis horas,

pero mi frente alza.

Mi mirada de un hombre solo, que no se humilla,

ha seguido los vuelos de toda clase de aves;

y mi corazón su remedo de unas alas

en el viento que para se mueven como ellas.

Mejor; que mis juegos, que mis canturreos,
 me alejen del portal de mis amigos;

y al romper con las horas más hermosas
 ofendida y el mohín de las doncellas,
 la majestad sentada de los ricos.

Te di, Jehová, mis fuerzas y mi tinó.

Ahora, de lo mandado, mi corazón desliza.
Sabes que yo quería conseguirlo y no puedo.

A menudo, cobijo no me dieron
sino el rufián y las mujeres públicas,
y otras muchas yo, infarto, fui afrontado
por la gentuza que ser quería.

¿Que me servía hacer mil horas de camino?

El docto se volvía hacia su pulcro escritorio

Los mecos se burlaban con sus amonceladas

al son de lira y flauta, laúd y tamboril.

Pasabas Tú detrás de ventanillas con vaho
débil, con desahucio de golpear.

¿Y llamas justamente a Tonaí? Yo soy basura
del tiempo, cobardía: mi alma en secreto ansiaba
el dulce apareamiento que tú le denegaste.
Nada noble rezuma la vileza,
como no existe fuerza en el rabo
de un can.

Y aún de un triste que pasa ¿por qué Tí, Dios, te fuiste?
 Bien lo sé: tiene mala tendencia nuestra estirpe;
 ninguno te hace caso,
 y, pasando centurias, tu habla se fatiga
 tal si no fueses válido, sino tan sólo eterno.
 Los hombres buscan otros dioses en locas fábulas.
 ¿Por qué no hincas la garra en su destino?
 Tí, el mal, de una mirada, podrías extinguir,
 y con buenas palabras te entretienes.
 Dime, aunque yo sea tan mezquino,
 ¿por qué Tí permitiste
 que el mal sea veloz y el bien tranquilo?

En tu campo te roban las gavillas
 y tú, al anochecer, vas allí a la busca
 Tí, que mandas a innumerables legiones
 te vas en seguimiento del traidor,
 cual si fueras no su Señor,
 sino su sombra.

Nadie procura verte
 de entre la multitud que aún te escucha,

10

Y eres como ventana a la merced del viento
de una casa vacía

Ni espanta tu amenaza ni tu consuelo anima,
Y con menos arreos se te vé
que al hombre que desea vender una esterilla
rebajando su precio...

(¡ Oh Nínive, ciudad fuerte y independiente,
con miles de esqueletos de ciudades te adornas,
"¡ fuerza de Dios si hollamos la prometida fe -
por tus calles apresuradas
¿ quién irá mi voz sino los inocentes?

Pero es preciso que ahora Tome
vara y zurzón:
pues quien lleva el zurzón y la vara
puede arreglársela sin compañero.
Sibó el viento por la quebrada

Y ahora casi no muere en bruto:
si se tiene paciencia
Todo se encaluma.

Parece ausente
aquella Voz que me ordenó el mandato:
Quizá me duela
Dios.

No si la voz como una fantasía;
puede volver de nuevo.

Vare y quiron, venid conmigo:
me darán temas
quedarme aquí.

Servirán al magro los deshechos
del cubil que ya dejó... ¿Soy libre
o bien la Voz se queda entre las hojas
dispuerta a repetir su voluntad?

Los montones parecen ategados
Todo en su sitio: ni una pequeña rama rota.

Y oigo sólo un murmullo de cañas...
un abejorro... Nada.)

II

Hombre perdido en manojo de vendas

¡oh malaventurado!

A mitad de camino ya no sabes qué ansuebas.

Pues cruzamos la oscuridad

de nuestros días

tal saeta, directa hacia un destino injusto.

Y, resonante boca enviada a someter

pueblos y reyes, ahora quisiera estar oculto,

perdido, sin dases y sin sabiduría⁽¹⁾,

en los brazos de una isla cubierta por gran nube.

Quien me veía antes, en la hora

de mi antiguo renombre,⁽²⁾

quedo hablaba de mí a quien tuviese cerca.

No se turban ahora al pasar: soy como todos.

No me importa. Preocupado por mi huida

me alejo del viajante sin parar,

pues de la humanidad mi corazón se aparta:

espantosa vuelta de Dios

(1) mi amistades

(2) buen nombre

Y en los pliegues altos de la cordillera
me rodean hinojos y tamariscos;
el que está ya escondido, como bajo la tierra,
es por zozobra del imperio de El.

Y si ya no supiera que El descubre
en lo hondo de la sombra al fugado que escapa,
en grieta de una roca me escondiera
o en la cueva de un cervo.

En niñez, mi alma se desborda.

¡Oh mundo! En mí se animan pláticas si me atraes,
Más que el ruido ensordece la quietud:
estás lleno de voces todo corazón.

Tuás no trae noticias de Dios. La calma azul
del aire a mis oídos permite adivinar
el revuelo del ángel que amable suele hablarme:
pero me falta que, mundo, me escoltara
con un pliego sellado en una mano.

Y entre tanto es verdad que está aumentando
en Nínive el pecado. El mismo del
pregunta al despuntar:

- ¿Es preciso ver aún la iniquidad que crece? -

Y la noche preciosa y las claras estrellas
dicen en toda su extensión de calma:

- ¿Tenemos que cubrir aún de piedad
un sueño sin peligros y sin llantos? -

En la enorme ciudad, nunca bien arreglada,
la vileza del sud cruel llega a la gente.
De una roca, Señor, harías un profeta,
pero detrás de él ¿estarías atento?

Tu nombre permanece, Jehová,
y vives rodeado de resplandor sin fin.
Te embelena la obra pura de tus designios
y te duele mirar cómo se envilece.

Y la finta del mundo aún se divierte;
un rugido de víctimas tambalea el espacio,
y el día se hunde
en un abismo de pavor.

Es adorado el crimen en piedra y en madera.
¿Dónde están tus legiones?

No se ajusta la vida a tu albedrío;

andam sueltos los fallos de este mundo.

Paran cien años y en tu calma duras,
hasta que, consumidos, el sueño ya no eras;
mas, ¿por que me creaste y me moviste,
asimismo has querido mi zozobra.

Planean hasta las cosas insensibles.

¿Sólo castigarás a quien sueña que cambies,
y que, como Tú quieres - no impones - sea el mundo,
para que cada falta más al cielo te eleve?

El aire suave inutilmente arquea
con su iris prometido tu corazón piadoso:

tiene aún el hombre la mirada baja:

Temo, Señor, que ya nadie te tema.

¿Qué importa, Jehová, que mi pecado haga
que abatas sobre el mundo tu desprecio
y que stampas el letargo de tu ira
en hombrucillos en fuga?

16

...
Pasada ya la tregua,
¡que nubes de tormenta coronen tu ademán!
¿Cuanto vale mi vida,
mal que tu pie la aplaste, si todo está aplastado?

Un día acosa al otro día:
tu Voz no me ha alcanzado en ningún sitio.
La distraída luz no me conoce
ni tampoco me habló nada del mundo.

Hace tiempo sabría
por las mañanas si Tú eras afable;
y al caer la noche las hojas livianas
me susurraban: - Dime está contento -;
y en la quijada, detrás de mi codo vigilante,
tu rima, en la inquietud de medianoche,
acudándome mi pecho, me hacía compañía.
Cada hoja se movía con tu aliento,
era cada silencio un sitio religioso,
en cada flor sabía que estaba tu mirada
ya antes que el tiempo fuera.

...

Y ya me oculta, más que el bosque y el zarzal,
que te helgan las cuentas sin mí, que inútil huelga.
Soy cosa que ha caído de tus manos,
piedra que ha vuelto al pedregal.
Debo seguir mi angustiado viaje
hasta que no me tengas nunca más.
Huir de Ti debilita la fuerza
más que darle a mujer y ansiar dinero:
pero a mi alma le place ser mezquina
pues Tú quieres al fervido y al bravo,
y así para tus ojos seré una mota infirma:
pues cuanto más me oculto de Ti, más pronto soy.
Y cuando imperceptible ya no te dé más pena,
dirás, tal vez:
- Quién sabe si Tomás existió -
contemplando el abismo que con tu brazo amparas
londo para, con miedo, cuanto vive y alienta.
Y ya habrás anulado; oh Dios! tu decisión
cuando yo, en Jaffa, de donde sale el perfumado
montón de cedros hacia el gran río de Egipto,
me suba en descuidada nave, sin violencia,

y viellándome dentro de su estiba me sueña.
 Y con mi nostalgia como única ayuda
 (a tu desaliento: la fortuna, décil),
 desde allí iré, hasta que me solicite
 delante de la proa, soleado, en promontorio
 con huellas de una raza diferente,
 O quizá sea todo caída y opemía
 y mururé entre el ruido de la tempestad;
 y me retornarás, tal amante a quien traiciona,
 con gozo e ira, que en los brazos funde.
 Desde que Adán codició el fruto del árbol,
 nos transformamos y nos arrepentimos.
 Dios crea el árbol, y lo abate:
 y nuestros pensamientos no son sino carcoma.

III

19

¿Que quería yo por haber escapado
por ocultar mi rostro, por pensar si existías.
y estibarnos, encogidos, en fondo de la nave?
Tú nos lanzaste
desde la tierra un viento enfurecido.
Toda la mar era hervor de venganza
y frenesí de voces. Caímos en el fondo
de un hoy resbalante, sin esperanza alguna;
se alzaban cordilleras en pie, de un solo grito,
y el cielo embrodeaban, despenándose.
Astillada su fuerza de un zarpaço,
ahogó el polo mayor su agraio en una ola.
Al grito "¡Alivia, alivia!"
por la borda, a pedregos, fue el batido aparejo.
Y en tal apuro de fortuna aviesa, un marinero
sangraba por la frente, otro por la mandíbula;
y tal si ya la oscura fosa los tragara,
cada cual imploraba a su dios: el Sol, la Luna,
la Puta, el Gran Bicornio, un penarico o un pez.

Un mal embate hiríame en la cabeza:
y la negra marea del turbión,
ya celadora de mi muerte,
buscaba la incerteza del hilo de mi vida.

Y mi sueño duró en la tempestad
hasta que el patrón dijome, de pronto:
- Alzate y llama a tu dios de una vez;
hiera su pensamiento, hazlo cambiar;
quizá es él quien nos frunce el entrecejo:
y si te ve nos salvará.

Patintero de angustia, subí al puente,
y dije un pescador detrás de mí:
- El cielo, de sereno, se vuelve noche negra.
A lo largo de esta nave sufren a su dios.
Perderemos madera, lucro seguro y vida;
señorea más alto cada ola;
añullan en algazara los monstruos de la mar.
¿Terceremos todos por la culpa de uno?
Hay que saber por qué la nave se bandeja
al borde de la muerte.

Venid, cerad la loca gritería:
agrupados en rueda, echemos suertes.

Y yo fui
el buscado enemigo descubierto en seguida:

la artera suerte
me había señalado.

Ellos tenían prisa:

pálidos de remor y chillando de espanto;
y su conspiración deshacían y hacían
en en quitate-y-por de su impotencia.

- Ahora valereis qué voces en la nave, traidor,
tus artes y tu signo;
dinos cuál es tu ley y tu nación. -

- Yo cobarde, yo escudado en la estiba,
(pues hasta de la luz varía en triste miedo),
es ahora el corazón, ya que la muerte llega.

Soy de la tierra y la fe de Israel,
nacido entre las rocas y montes calificados;
y adoro a Jehová, Dios de los cielos,

...
solitario Señor de las estrellas,
que el mar creó y lo recó;
y por El soy guiado y fuera de El perdido
- ¿Qué mal me das al temer la nave?
- He salido a esta nave por huir de Jehová.

Busqué sendas torcidas
intentando incumplir su voluntad.
Fuera grato, en mis rezos, el repetir su nombre,
pero lejos; aquí, como quien bebe un filtro,
sin sufrir
y sin arrepentirme,
y sin ser despertado por mi susto y temer,
sin temblar por la revelación a mí confiada,
ni acumular ofensas por los tristes cámbios,
ni en vano correr mundo,
y nunca más en hojas, llameadas y nubes,
oír la Voz que me acogió. →

Y respondió la gente de la marinería:

- Cuando es un Dios tan fiero como Jehová se muestra,

si un ataque de celos le acomete

haciéndole es quien nos le entregue a su traidor.

Pero la voluntad de tu Dios es irreflexa,
nos habernos que mandan con tanto viento en torno.

- Asidue - dijo yo - tiradme por la borda
y veréis cómo vuelva la bonanza.

Porque en congoja terminé mi huida

y en mi vildad estoy avergonzado

y sé que Dios me llama

y que a su grito el mar se recreará, -

Mar de piedad y tenor sus voces rotas,

dijeron: - Su furor acaso lo querré amainar. -

Cada hombre tomó el remo a la desesperada

hacia la costa, envuelta de nubes y de espuma:

el mar aún con más ansia se encumbró.

Los remos les cayeron de las manos. Entonces

algaron a Teluio los hombres gran clamor:

- Tú que nos escarmentas y acorrijas

y nos dejas rendidos, sin vigor,

¡ Dios de cejas feroces!

Tú, que después de abierta la boca que va y viene

por revuelcas allí donde la tempestad golpea
por el triste esconderse de un huído:

¡ si muere el hombre que persigues
no nos ahogues en tu abismo !

Si has pensado en vengarte, es cosa tuya.

Tú eres quien dice: Así.

No le echamos al mar: eres tú quien le echa;
si extiendes la tra mano, seguro que le tienes.

Si cambiaras de idea puedes darle tra nave
o ponerle una isla debajo de las pies.

Y ya, luego dentro de esta larga contienda,
arrojado fui al mar. En alboroto:

- A ver - decían voces - si su Dios lo recoge -

Y ya el cielo empapado se abrió como ventana
y el mar perdió su hervor

En la llanura en calma de aquel mar
un gran pez que Jehová junto a mí hizo saltar,
de un bocancho,

entornando los ojos, me tragó.

Y, cuando en Taffa la nave largó vela,
 — los dementes cantaban, reían los audaces —,
 quería un escondite para mi corazón;
 pero Dios transformó mi deshecho
 y el escondite fui por un sentido:
 y en el ventre del pez permanecía,
 ya liberada el alma, tres días y tres noches.

IV

Ma mi el mar que se abisma mi el viento me molesta.

En la noche vuelvo a nacer

Estoy en muy oscura, muy cerrada garganta
o acabo en el vientre de un pez.

De un bocado al impulso, han desaparecido
mi pequeño y mi valor.

No me turba, ni duele, ni el dolor me llama:
mi singular espacio es Dios.

Un empujón me envía lejos del pie de las montañas
o echado soy, de un golpe rápido,
a aguas poco profundas: allí dibujas surcos,
en la espuma que bule, el astro.

Dan juego. Dios nos lanza, mas nunca nos desecha.
tanto se mueve a tu igual.

Ciego, encogido, como si nacer ya esperase
en esta cueva sepulcral.

Negué mis pasos al mandato de Dios. Le dije:

- ¡ Si me pudiera descomer! -

Por eso estoy entre olas, pues ellas, incantables,
pueden hacer y deshacer.

En el abismo de toda simiente me pone
porque renazca para El.

y allí estoy, confiado, como Noé en su barca
o como en su cetro Moisés.

Oh flójes pues, o mi cansado vagabundo
sólo dolores me habéis dado.

Y en la angustia mi el peso de los días, y estoy
a cubierto, igual que el novato.

Si mi regón se piva de signos ilusorios,
en lo imposible vos estáis.

y un día, en mi locura, los sabios hiperbóicos
dirán que este pez me ha existido.

V

28

Bello era ver
tra vez el later exaltado,
la prisa
de lo pequeño en lo ilimitado,
el pájaro en lo aires
el pez en su entorno marino,
tan grande que, como el del cielo, no podrías
haber, poseer ni medir;
bello era ver que lo fácil se expande,
y lejos, lo imposible se o hace transparente.
Pájaro que te das con el día
y pez que la plata gotea,
un gesto o llega al corazón
llameante y luciente.

¡ Oh alegría
de lo pequeño en lo ilimitado !
Ya libre de aguias pesadoras
me veía lanzado al gran aire,
regresado del caos de lo oscuro
después de múltiples días.

Todo era en el mundo juventud y comienzo.

El mar espejaba sólo para un batel.

Yo vi el oro del día fluyendo sobre el mar.

En una ensenada, al lado de un pinó, la oscura garganta me había lanzado a la costa.

Notaba olor a sal y también a retama;
al sol, bullaba mi humore en una loma,
e iba a echarre a la sombra de una higuera;
una hilacha de humo salía de una choza.

- Aquí - me dije - permanecería
como árbol, como piedra. - Pero la Voz llegó:

- Vete al brullo de Nínive, Tonás, no pierdas tiempo:
juntos, tu llegarás y yo diré.

Y me alcé. El calor de la piedra
y el aroma del pinó, mi actitud ignorar.
Se borrió todo luego entre el lugar y yo
como si ya me hubiere despedido.

El mar azul perdía sus ganas de encantar;
cuál dándole la espalda, se revivó una nube:

yo notaba que el aire se estaba impacientando

y la nota de polvo me decía: - Vete. -

Y en aquel punto fui
como picado por divina víbora:

me pelló y agarró
me atrajo y consumió
la prisa.

En afanosa carrera
bajo la solaneta

me confortaba el brío del ranero;

y en el oído me sentía renacer,
alzaba mi cabeza al amor de los astros
en los que el mandamiento divino estaba escrito.

Y compensando mi tardanza

hacía igual que el hombre que en nada tiene:
dormir cual quien no duerme, comer cual quien no come,
ir de prisa sin ver y sentir sin saber.

Era mi fuerza y mi única esperanza
la palabra que Dios me había dicho.

Y la palabra aquella repetí noche y día
como la saborea con deleite el amante,
como la cuenta el niño por miedo de perderla.

Ni un árbol me detuvo ni una casa leonesa,
toda lo que topaba era tras mi vertido,
y anduve noche y día;
sólo vi polvo ardiente y cenizas.

MI viaje entre ayuno, peligro y calor
duró de plenilunio a plenilunio,
y la espada divina aligeró mis pies.

Con nadie pactaron mis ojos
ni nada mi boca trató:
el soldado que cumple una orden estricta
no tropieza con líos ni adiciones.
Mas tan pronto por la cuarta luna
fue mi camino enfermedad cruel:
si detenía un punto mi andadura
no me podía mantener en pie.

Rejos de mí los párpados,
mis pasos, cada vez, eran menos precisos;
tenía mucho polvo en la barba y las cejas,
se abatían mis hombros y ardía mi nariz.
Las cosas accesibles parecían lejanas,
el calor de mi frente me descorriaba el tino;

Y sangraba mi pie; desbarataron mi plegaria
mi turbio juicio, mi lengua como un trapo.
Y sentí una mañana que el resplandor del día
en mi cabeza era como abejón que zumba,
y mi mirada al rayo de sol se doblegaba,
malgastadora de la luz.
Yo quería, al pensar: - Jehová te espera -,
rehacerme con más ánimo;
pero topando en piedra atravesada
en el suelo me hallé, enterrado en polvo,
y extenuado, no supe cómo alzarme.
- ¿Nivise huye de mí? - supe decirme aún;
y por tener, vencido, algo de sombra,
entre las manos escondí mi rostro.

Detrás de mí un anciano descabalgó de un asno.
- ¡Levántate! A quien cae, si no se alza, lo entierran.
Un cestillo de higos y una cuerda
yo llevo a la ciudad. ¿No la has visto? Cuídate,
móntate sobre el asno. ¡Por tarde, poco avanzas!

Desde aquí se ve el sitio en donde el río cune
 la gran ciudad que hiera, astilla y tala
 y derriba las lindes de este mundo cobarde.

Aquí el crado mata, empala, atemoriza;
 los himnos de triunfo son obra del eunuco.

Todas las artes bajan su rostro ante la guerra
 porque la espada es joven y caduco el espíritu.
 Y muy pronto el espacio de los mercados llenan,
 con valiosos costales, gentes de rancia muca;
 y vienen mujeres de toda la tierra,
 las mejor formadas de pechos y cadera.

Assur es inmortal y el mundo es un despojo. —

Mi cabeza con pena se alzó.

Más allá de una curva del río
 blanqueaban grandes cabes en la orilla;
 y, valiente, cual bestia herida, con mirada
 que todo lo veía dando vueltas,
 alcé el brazo con vigor desesperado,
 que arranqué de los últimos poros de mi ánimo,
 y malversando un año de mi vida, clamé:
 — Cuarenta días más, y Nínive caerá.

VI

Entre las ruinas tristes

- cubil del asesino, guarida del poder -
a vista ya de la ciudad, una acequia
me muestra, igual que un dedo, mi camino.
Ahora ves que no iba desmuntado.

El sol comienza apenas a caer.

Debo hablar con la sola persona viva que hay:
una mujer que parece desastrosa
debajo de su humbral.

JONÁS

¿Quién eres, amasijo
de velos y cabellos,
de todo dejación, yerta en la entrada
de tu casa caída, junto a los juncos rojos?
Nuestras cabezas, sin honra, amarillean
y enfermas estoy aún de mi camino:
pero callémoslos juntos, si prefieres.
No decirme que duelo te arruina.

MOTER

¡ Raro viviente, que aún te vuelves
hacia mí! No diré:

" Cuéntame lo que buscas o de qué huyes,
pues peor que lo dejado es lo que encuentres.
En vano conocí a hombres y dioses;
mi sembrado mi lote hay en mi campo.
Y el agua y yo dormimos juntas
y sólo el agua vive.

JONÁS

¿ Sabiduría es
vivir como tú vives?
La tierra para afán, se tambalea el cielo.
¿ Quién osará decir: " ¡ Ya no me muevo! "
Yo no, que en mi jacija de retamas,
arrebataado de un profundo sueño,
corro para servir su Voz y me extravió,
corro para huir de El, y está delante.

36

MUJER

Todo es locura,
correr y detenerse, vigilar y dormir;
todo es ficción de vidas condenadas:
darse y acometer y resistir.
Sacerdotisa he sido y he del Alba
sobre cerros dorados:
está germinando el lugar que engalanó la vinya
y todos mis parientes han sido acuchillados.

JONÁS

Leve es la aurora, que igualmente anhela
sombras menguando y sol inflamador:
no tiene nunca tiempo de placer ni de ira;
escapa de lo oscuro y teme el resplandor.
El dios potente es el siempre arrojado
que con el rayo las tinieblas ciega
o que llamando al trueno de las nubes
el mediodía vuelve noche.

MUTER

¿Sis el mendigo que en la fiesta anaga
mas con el don - pues de todo se abstiene -
de provocar la lluvia
o de ahuyentar la nube cielo allá?

¿O el loco sis que aplanca nuevas penas
para un verde país lleno de gente
y habla de un solo dios - y tiembla en fiebre,
con tufo miserable del desierto?

JONÁS

Yo vivo al Dios viviente, que derriba
el reino, las navías, el corazón mezquino;
me asusta su golpe, pero vuelve y llama
dulce y pagado por hablar conmigo.
El trae la paz y El es mi destino:
en sus manos soy algo ^a deshacer y hacer.
Sé que amo ^{mi} invisible sacrificio.
¿Qué importa si dejes este mundo? Dios viene

MUTER

Dios, que quiere punir, nunca distingue;
hunde la flota, arrasa la ciudad;
mientras que el hombre en su senda se aprieta
aun del gáñido de un perro olvidado.

¿Que busca a sacudidas
tal día de ceja adusta?
Ma que dos cosas juntas han caído:
lo que era Bello con lo Trujato.

JONÁS

¿Quién siente el alma pura ante sus ojos?

MUTER

Nadie en el mundo es bueno.

El menos engreído tiene, incluso,
codicia en la oración, culpa en el llanto.

X Un negro espíritu que al nuestro envuelve
hace a todos decir:

— Mi fe de aquella:

mi Dios, por que Yo, se agita en mí.

39

JONAS

Y mas bien temo que mi Dios declara
un pobre sujeto hospitalable.

Quien sabe si aún vendría a arroparnos
dulce y más dulce, como madre.

Mas de El sé una cosa: que me inflama,
que el mundo acabaría si El me deja. —

¿Y tú, que a veces adoras el alba
que luego ya no ^{está} ~~está~~?

MUTER

Serán al alba con la libación
del rocío

y con flores aún no bastante abiertas,
sin mancha ni pulgón.

Pues ella inspira con fugaz augurio
la proclama de todo nuevo inicio,
la sorpresa de todo pensamiento,
la magia del amor, mientras no dure.

¡Oh delicada fe decepcionada!

¡De sus dedos de Rota, inútil cura!

De toda cosa bella

largo el deseo es, corto el aliento.

Y es suerte si, como alba, la belleza
despuntta y muere sobre el mundo equivoco,
jamás acometida ni alcanzada.

Es aún peor si vive.

Marchita, a la intemperie,
ella, la alada, de hábito inmortal,

acabará como mendiga

que maldice la ley o que se humilla.

Con el trato se inicia la vileza.

Síla eres pura tú, que pases leve,

de gracia; huyendo sin desfallecer,

tal queja de hombres y de sin Dios suspiros.

JONÁS

Tome vivir el alba y se protege

del gozo, que anhelaba la tomara;

¿quién se fía del rocío en la hierba

si en secreto nació y muere escondido?

Y el celaje, color de enamorada,
y el gotear luciente, a contra sol,
nacieron una amanecida
de aquella inmensa robustez paciente
que hace una tierra donde ya bastara
una peña a la fuente plañidera.
Rayo y trueno la majestad revelan
de Jehová enojado. Su amor manda
mensajeros que a este mundo enaltecen
de esperanza y nostalgia.

Por miedo a las angélicas espadas,
contemplando el ocaso, languidez;
Jehová sigue en la senda de brasas
candentes que se extinguen.

. . .

Y ella quedó postrada y ya parti'.
Tal comba de topacio, el día aún
parecía en suspense, y ya con ansia
se enternecía el árbol
a un fresco anuncio de la noche.

Y para ella, oprimido el corazón,
y para mí, que iba hacia el gran estrago,
era ya la memoria de lo hablado
decanador de nuevos pensamientos.

VII

¡ Oh gran ciudad de Nínive ! Resuérte es castigo.
De punta a punta exiges tres jornadas.
¿ Quién desmembraría tus calles ?
¡ Quién contará tus torres y tus sagradas cúpulas,
tus relampagueantes pelotones
tus pozos con mujeres, los gritos de feriantes,
tus perros junto al cúmulo de desechos perdidos,
las alhajas que hacen tintinear tus rameras,
el número de idiomas lejanísimos
de camelleros, viandantes y marinos,
tus leones durmiendo en el foso, y el girar
de tus panteras en su afán cantivo,
y tus palmeras,
albanicos del río.
¡ Deja que mire aún tu alegría que escapa,
oh diosa - estrella en el polvo de los mundos,
oh diamante de vida llamarada
entre devastaciones y desiertos ! -

(Sep.) ↑↓

Cumplida una jornada en la ciutat, fue hora
que yo clamase: — Inclínate, Merced pida de Dios:
lo digo a quien se para y a quien se va, siendo.
Hembras, batíos los pechos; querezos, fuera enredos.
Pues Dios me inflama insupportable como brasa.

Cuarenta días más y Nínive caerá.

No me deis ni un mendrugo, pues Jehová saquea
vuestros lares: ya vuela la ruota perdición,

y en miedo a los techos que el estrago hundirá
estare como racha de viento, sin refugio;
y beberé, de lúcras, en una parva acequia,
y comeré las sobras del cerdo y del caballo.

Porque no soy de vuestro lugar ni parentela
ni vine a divertirme como noble viajero:
anuncio soy, cual luz que al aire amarillea
cuando llega el pedrisco sobre el huerto colmado,
cual perro que gime y reela
antes que el terremoto cuarte su terreno,
cual ráfaga que apaga la candela
y abate el candelero. —

Los que iban y venían creyeron mi palabra
 pues Jehová estaba en mí;
 y olvidaron su lecho y su mesa
 y les dió miedo matar y robar.

Y sintieron mi yugo en su abatida espalda
 y una opresión de ánimo de nación derrotada:
 y al palacio del rey tras de mí fueron
 con → fragor de alaridos sin fin.

Y andando, entre mujeres de rascada túnica
 y hombres barbudos que iban de sus rizos burlándose,

yo leí en el palacio, sobre la portalada:
 - Teme la entrada a la real mansión.
 Deja, al salir, la lengua, como al entrar los ojos.

Y al mirar nuestra hilera dolorida
 dijo el jefe de guardias del rey:

- Abrid paso, soldados. Sé que por ley antigua
 sin pena de la vida no cruzará esta puerta
 ni hombre, ni mujer, ni animal; salvo
 quien al son de la flauta, con adornos vistosos,
 haga al rey un exvoto
 del botín más brillante del combate
 o bien regale su oro o su virginidad.

Pero quien, miserable, llega tras largo andar,
cortado por el sol, por los vientos apestosos,
sin tra arma que un mirar salvaje
ni tra caudal que un barbullar de acentos nuevos,
quizás traiga un mensaje,
no del oro y la llama de nuestros dioses férvidos,
sino de la miseria del mundo que se angustia
y poeta hambre y frío, horror y enfermedad,
y que tal vez posea dioses aún más potentes.

Y el rey dijo, cuando estuvimos cerca del gran trono:
- ¿Quién da por el juicio
seguido de una turba que pierde el juicio y llora?
¿Maldesta acabó la gloria de Istar
a quien se adentra en casa de su hijo?

Se un picotazo
hiere a la deya el águila, y la aguiete por siempre.
Más bella Istar que toda la humanidad causada,
aborrece el gemido.
¡Oh tú, hijo de afán

y sombra, tal murciélago que vuela vanamente,
 ¿qué te contó Jehová sobre aquel precipicio?

— Cuarenta días más y Nínive caerá.

— Istar nos llama al goce,
 y a mirar los augurios de una vida gloriosa
 en la entraña sangrante de todos los países,
 oh hijo de una tierra de corazón oscuro
 donde un Baal muy grosero intimida,
 desde una loma, al pueblo espantadizo;

Istar nos llama al goce:

Tu magia no deshace su torerío ^{verpestado} de ocaso.

Imperio alguno vale para el Señor del cielo
 más que polvo que avienta el remolino,
 y si incubó Israel la gloria real del mundo
 lo hizo en noche profunda y en consunción de espera.
 ¡Locura de los reinos! Hay algunos tan amplios
 que una noche inclemente los puede dispersar
 y otros tan diminutos que mueren amperados
 en exondido valle.

Nadie que afrente a Sión durará más
que ella, amurallada y esparcida.
¡Jehová, Jehová! Cuanto al sentido llega
es la primera vega del rastro mortecino
de un Dios, de un padre igual, Señor de maravillas.
Como ellas, Istar
salió de la somera primera
donde El, en un abrir y cerrar de ojos, puso
la gema de su dedo. —
¡Notad sino el aroma sobre el bello jardín!
Fue en el anochecer,
y mientras daba vueltas en el aire un gran bruto,
arcedió hasta la diosa una nube molesta
y de aquel centelleso alejado, cayó sangre.

Los magos de la corte, blancos como el marfil,
ante el largo lamento que el pueblo profería:
— ¡Grande es Istar, Oh rey! — gritaban en tumulto —
¡Podemos hacer magias más bellas que el juicio!
Y solo, en pie, ante aquel turbado consistorio,
ordenó el rey que a todos quitaran de su vista.
— ¡Ah, causados oráculos

y estéril voz que con la pompa muere,
ah gentes que mantengo y encargados de fiestas
ah bien apacentados que sólo hacéis milagros
y ya habéis olvidado alzar el corazón
Indignos sois de las miradas que os imploran.
De cada maravilla os quedáis todo el fruto.
Con signos halagáis a los fanáticos,
pero hecho con rutina, el signo es vano.
Y el enviado que llegó no aparenta ser sacro;
cual todos era, agachados vivía en el suelo:
pero es presa de un Dios que incendia falsos ídolos
como incendió la zarza.

Es un viajero tanto que habla palabras puras:
nuestros muros no dejó probar;
sus harapos están por el lugar rotos:
nos da granos de trigo
y su cuerpo está lleno de restos de la criba.
Y barre el fuerte soplo de su voz
en cada templo al espantajo obeso;
las sombras que adorábamos se han hundido en la sombra
ya solos nos quedamos con un dios que arrebeta.

¡ Ay de aquel que me menta su corazón partirse
preveyendo el castigo de su dolo,
antes que Assur sea cenizas
y Nínive arenal ! -

Y el rey bajó de su ritual de soberanía,
y apartó los ojos que el augurio dañaba.
Lanzó a los cuatro vientos su collar de amuletos
y los áureos pendientes
que enmarcaban su rostro,
y pisó su tiara;
y para en demudez animal humillarse,
tiró su cinturón de gemas puras,
se arrancó los bordados
y partió en dos la túnica con su último puñal.

- Anduve como enloquecido,
tal fiebre me invadieron los vientos resplandores;
y ahora me habre los ojos este aspero hablar
y comprendo la lepra de mi airado poder.
Y a mí vuelven las sombras y el pensamiento amargo
y esa piedad que esclava, por rutina, creí
cuando por vez primera, de niño, con mi arco,
a un pájaro abaté que por la luz volaba.

¡Oh Dios, dame consuelo!

Pues la ciudad en ruinas, poblada de invisibles,
 el bosque calcinado, el molino sin muela,
 el campo sin los frescos sangradores del río,
 la guerra y paz horribles
 duelen ante tus ojos.

Ante tus desmembradas nacides
 ya vengo a arrepentirme
 de tantas violadas esperanzas,
 del planir de ilusiones jamás realizadas
 porque murieron en el abrir del alba;
 de los cercados y bancales
 que ya hombre alguno verá florecer.

Pero más todavía que como soy, pequeño
 como siervo de un templo de antigüedad preclara
 que tu Dios, hoy, trastorna y vence,
 pues fuese sobre el ara el exterminio
 rodeado de velas y espirales de incienso.
 — Mated, ya dije, hasta los no nacidos:
 pues los dioses los encuentran lisosijos.

Su risa, contemplando las torturas,
 hará saltar sus vientres, de placer.

Porque una noche extraña, del fondo de los siglos,
 tras una misteriosa devota de los hombres,
 cesaron en la tierra los cánticos más puros
 y no volieron ángeles a nuestros escafeles.
 Los hombres, en sus cuevas, alumbrados por las teas,
 al fuerte león temieron, y a la sinuosa zorra,
 a todo animal bruto servían, e imitaban
 sus gritos, agachándose por caminar como ellos.
 Después buscó un sentido la luz: el dios tenía
 o fuerza o felonía, y el animal su altar.

Todos del dios quisieron ser morada engañosa;
 y a danzar se pusieron con disfraces de monstruos.
 Y dijeron al ídolo: sobrado honor usurpar;
 nos dan fuerza la espada y el juicio engañador.
 Y con cuernos y garras los hombres fueron ídolo,
 con patas de caballo o con alas de halcón.
 Y al crecer, el espíritu puso sobre las aras
 una remedia de hombre, con bellos atavíos,

las piedras más claras se llamaron divinas
y tenían los dioses ya una bestia a sus pies.
Y ya, nervo del templo, debiendo hacer más milles
a los dioses, contraste de quien duda y quien cae,
le di al dragón innúmeros por víctimas los pueblos
y devolví los templos al primitivo aullido.

Pero muy pronto ropas de saco ceniré.

Y miserablemente me restaré en cenizas.

Oh heraldos, que se anuncie
por toda la ciudad el gran recordimiento!

Es una orden del rey y de sus próceres:

- Ni el hombre ni tampoco el animal doméstico,

Vaca, cabra o cordero,

debe probar comida ni bebida;

todo hombre vestirá ropa de saco

y se hundirá en ceniza;

y cada uno dará a Dios su tesoro costoso;
aportará aquel dato que estaba por hacer, (1)

Lehvé hizo pacto con lagado y anezquino

y al desgraciado, ampere.

- (1) deparan aquell dany que iban a cometre
aportaran el dany
aportaran aquell dany que estava per hacer

¿Y si un llanto de amor hiesse que amainara
la llamarada de su ira? -

Rey y pueblo en piedad y temor santo,
ante el cruce del duelo con la desesperanza
escogieron el duelo, lleno de astro -
con su alma en Dios tranquila
como agua de un torrente calmándose en la roya.

VIII

Y al tercer día, viendo bajo el peso de su,
aquel resaca arrepentido
que dejaba su orgullo y mala vida
y sequedad de entrañas,
apaciguó Jehová sus cejas,
dejó su brazo suave en la rodilla
y ante sus pies detuvo los osuros prodigios
que muestran cuanto vive, como el viento a la porta.

Los ídolos bicornes y de pútrida escama
bostezaban atónitos en olivados góculos;
en la cinta estaban volcadas armas, joyas,
como esperando el fuego de Dios que los fundiera
En la cinta que unía toda suerte de tristes,
una puta del puerto, vieja, del rey la pena
...

calmaba, con mugido acompasado).

Y a un mago, con la barba sucia por el estiércol,
un chico dijo: - ¡Oh, mira el aire! El relente
trae el perdón del cielo. -

Entonces yo, con gran ardor
de mortificación,

dije: - ¿Por qué otra vez te compadece,
Jehová, que al inicu (aún llevar) en tus brazos,
como a un niño malcriado?

Tu voz, que me atolebra y que me inflama,
seguí, aunque me faltara mil veces el afán,
con pierna de tullido, renqueante...

y yo bien sabía el porqué.

El dedo que al dejar el viejo Noé su arco
dibujó el arco iris sobre nubes fundiéndose,
es el que distinguió a Caín con una serra
...

para que ningún hombre lo matase.
Como tenía que indulgente fueras,
vela a Tartessos conseguí tomar;
te han de traicionar siglos por oírte maldecir
y aún te desdecirás a mitad de camino.

¿Quién quises que me orea
si ahora corre a su antrojo el que acobas!
No note' que me hablabas cara a cara
y hoy me has dado la espalda. —

Y al oír que desde su azul palacio
Zeforá, endiosado, se asomaría a prota,
se estremeció mi alma de la intuitiva respuesta:
— ¿Te sienta bien la ira? —

Como el niño enfadado que se aparta
de la palabra suave,
yo me alejé del sitio de mi pena
por caminos sin agua ni sombra verde alguna,

el de la penitencia y la desesperanza,
puesto que ambas conducen al desierto.

Y al otro día, en la hora leve en que aparece
la claridad del mundo, en un paraje
muy heladero y lúcido de sed
donde no hubo jamás hilo de agua ni charca,
comenzó poco a poco
a gritar, otra vez, mi boca insana.

Me decías: - ¿Quién haréis del arco y de la honda?

Que vuestra pureza los deje como ofrenda,
porque duréis sólo un momento

y yo, Tehuá, soy el que permanece.

Ningún ingenio bello vale tal la esperanza
en Quien señal no deja de maleza y de brote.

Encargadme de la venganza;

donde para Tehuá nada perdura.

Al magro, que corre por doquiera
daré el palacio real, rota cárcara de oro;
y al cárabo, la torre que a las nubes bató.
El trono impuro y el sangriento altar
serán espiral de humos cuando llegue la noche
y una espiral de arena los recordará."
Así hablabas y el mundo temía tus ojos.
Los heraldos ciegos de tus misterios, puede
ser que, incumpliendo tu orden incierta de castigo,
se vuelvan a tus ojos por si pierden su cubo;
quizá hay gloria excesiva sumida en el desierto,
ese fatal de imperios. —

Y en tal arido sitio
adormecíme bajo un sol de fuego;
y después, con los párpados aún no del todo abiertos,
advertí que una planta había junto a mí,
una de rama muy plateada
que al duro sol opone
un baldosín de estrellas de verde oscuridad,

cada una meciéndose
sobre un tallo torcido.

¡Dicha del mundo, rama y hojas!
dan cara a cuantos van y vienen;
de hojas caídas es la cama
y hojas vivas el sueño hacen más leve.
Y allí habla Dios con voz gentil y venerable;
y gozo encuentran los ojos y paz el pensamiento.
Rama y hojas, ternos milagros,
valen más que polvos de teñida,
valen más que polvos de nave.
Mi corazón no advierte angustia
bajo tan elocuente murmullo.
¿Qué ansioso ha podido pensar que hallaría
la primavera en el desierto?

Viví un día en tal vaulera deliciosa;
la mañana siguiente, a filo de alba,

61
Dios, que la planta crec) ayer,
mandó una gusana que la recó, royendola.
Y aún hizo Dios que viniera un sícco
de alas de polvo, arena y freges,
ira de infierno divertiéndose
que dando vueltas chipeaba,
como airada con el futuro.

Y dije a sacudidas:
- Mejor morir que seguir vivo. Muerte,
ven, que tus manos besaría;
quiero tu palma como apoyo.
¡Oh Muerte, último umbral y cúpula cumplida,

oh tui, que a los viajeros recibes con tu sombra,
oh lugar sin consuelo y, al menos, sin partida!—

Una voz atajó mi lamento:
Jehová me estaba hablando igual que a un niño herido.
— ¿Sólo por una planta

la ira te invade? — Certo, una ira mortal.

Te duele un brotículo; y no te preocupaste
haciéndolo nacer, ni lo cuidaste tú;

fue un donativo del relente
que un maternal rocío se llevó.

Y a mí, que oyes y nutro toda cosa que nace,
¿no he de haberme dado

Nínive, la ciudad de tres formadas,

con ciento veinte mil criaturas, que no saben
cuál es su mano izquierda y su derecha,

y con tantos rebaños

y abundancia de reses? —

Y al cesar Jehová, yo supe
que Él no me habló desde un entorno claro
del cielo, sino desde mí mismo, que le heía,
Dentro de nuestras almas, donde nadie lo ve,
paradas cien estancias, Dios anida;
y el dueño de la casa se tiende en el umbral
como un cuado, como un perro.

(1) te viene, te ocure, te cae bien, te llega

IX

En el sueño, una noche abandoné mi tierra.

Bajé una luz escasa y verde, muy cansada,
 me decía: - ; Estoy lejos! - observando el entorno.
 Con las piernas colgando de aquel rúcs
 muy solo creí estar.

Y cavilando por qué sitio irme,
 y al traspasar los márgenes de abrojos
 el último suspiro de aquel día,
 de pronto, más que verlos, ya noté
 los ojos de alguien que iba en pos de mí.
 Con deje quejoso hablé una vez: - ; Te obstinas,
 amigo, yendo de desierto en desierto,
 befedo en cada aldea,
 al contar que te hablé el día que aún perignes! -
 El modulaba en tono muy cortés,
 sus párpados cerrándose, apaciguados;

64

el aire que movía aquella voz sutil
helaba mi nuca abatida.

(Cuando tonto Dios
un corazón y dice: - Será mi confidente - ,
muy poco a poco lo desacostumbra
de hablar con los demás.

Quien oye a Dios, de todo se aparta,
quien oye a Dios, se le anuda el aliento,
quien mira a Dios, sobre él la hierba crece,
quien mira a Dios pone cara de loco;
y si cayera, de El aún cantando,
entraría en la muerte por el portal del día.

Y el hombre hecho salvaje por la alta soledad,
no está habituado a los halagos
y no gusta del fácil, que semeja dancella
y habla con coheos y sursurte;
el que se ha vuelto humano del tatur no se fía,
y ve señal de miedos de los genios traidores
en el hombre obsequioso.)

¿Quién en lugar tan solo y sin memoria
pensaba yo, me acogerá obsequioso?
Bajo la noche que el declive oscurecía
yo sólo atrás miraba, de soslayo.

- En todo lo que vemos, oía, mucho polvo;
de partículas revolotas es el alto rincón,
la arena del sendero, los árboles, tú y yo.
Todo muere y retorna y gira sin cesar;
y si allende la trémula rodada
sin ser diurno hubiera,
así mirase, lleno de afán por la carrera,
vendría al remolino.
Nada puede librarse de la suerte
de moverse, sino es cuidando no existir.

- Tu sermón que me avisa, ¿o dije, no me altera,
oh tú, llegado cuando en el ocaso

66

...
moría ardiente la última vinta,
tú, que te enroscas en el tronco
como invitando a la serpiente
y que enciendes los ojos como el buho en la noche.
Quien bajo un mal hechizo
el nombre de Tehuá revuelca en ira,
aún se mantiene fuerte gracias a su permiso
de alentar aquel aire que imprecando respira;
quien niega a Dios
sólo niega una sórdida imagen que él se hizo;
quien desea evadirse, con El topa;
el triste y solitario le hace acudir, si reza;
en Su fulgor, se cubre la vista el fugitivo.
y quien le ignora, de El vive.

Con voz que complaciéndote se aviesga
a mi ardoroso hablar él contestaba:

...

era el esmero vil que se desliza
para echarte a perder y rodearte.

- Gran duda tengo
que sea quien tanto es y tan veloz llega.

Mientras yo vivo, a ver: ¿qué hare?

Nada se de él ni tengo sus noticias.

No sirve ir por las cimas y meterse en las cuevas.

Si vive, aquí hay un rito: que me empuje a rodar.

Retrocedí en para
del Dios así ofendido.

Y mire: nadie estaba en el alto roquedal
y en pleno cielo, nada.

Y en la noche vacía que calma todo ruido,
más vacía por falta del rayo tronador,
inundó mi oído la resaca
de mi propia marea

Y estalló la gran risa

del descreído;

y luego fue que me prendió la llama
de un pensamiento:

- ¡Salva tu fe en seguida! —

y con exceso de rabiosa fuerza
me fui hacia el retador, igual que un poseído,
y aferrándole el pecho como si fuese un mudo
lo arrojé de cabeza por el risco.

y cuando por instinto me aparté, un golpe atroz
me hizo caer muy débil, sin honoré;
y era sólo un sonido lo que me transformaba:
el tropezar del cuerpo en un saliente.

Agarrado a unos cerros
me sostuve agotado en un cantil del yermo:
me amenazó la roca, me avergonzaba el aire.
Dios me dejaba al borde de la hondura
encogido como un gusano.

y claramente oí como una música:

- No hay blasfemia
como negar que Dios sea perdón.
Porque Abel fue su servidor.
¿Y si Dios fuera intolerante
¿quién podría vivir?
¿Quién dice: me vengaré de Dios? ¿Quién se dispone
a conducir a Dios contra fantasmas que huyen?
El ampara al lobo y a la oveja
y al gavilán y a los nidos.
El es quien limpia la mañana
y poda su preciso vergel, envuelto en ríos.
Le resta sentido el que castiga;
para la vida El nos alzó
y nos lo quitará cuando sea la hora:
así como al chiquillo, que ve el mundo menguar
porque cierra sus ojos la fatiga,
se quita una apariencia de algo en que jugó.
Y hundido en lo profundo de un abismo aún mas grande

70

que el del muerto, y alzaba la cabeza, como
sin atreverme; y viendo escrito en las estrellas
una promesa por piedad apuntada,
a rasgar por el suelo, y adoraba su Nombre.

X

Estaba el líbano al caer del año
 cuando se acerca al hombre la queja del chacal
 y las nubes se hacen y el viento lloreguea.
 Ya la cigarra con su música
 no aserraba el tronco del pino;
 restos de siebla había en el sendero
 y más presto la tarde se acostaba;
 la última flor, la flor de la olivarda,
 veía un cielo hecho de aterido latín.

Jorás, que en la blancura de sus años
 respiraba a buen ritmo y sin faltar,
 miró hacia la ternura
 del cielo tras el corto afán de una llorigna,
 y se quitó, al sentarse, el cabezíl
 y el cesto con el pan y las hierbas, en el blanco
 de una suave colina, mirando al mar lejano,
 que ribetea vides, como en sangre.

A yacer bajo piedras y pincha,
 Más hablé, mi cuerpo se desanta:
 caminé y caminé muy lejos de mis tierras
 y ya a una estrecha hueda todo en mí se
 y desanta mi vista, mis pasos y

acompa:
 ACOMODA

mi aliento,

y mi frente se inclina, tal pidiendo descanso.

"¡ Si qd no me muriera! " piensa el loco.

Pero la ley fue dicha en el primer jardín:

" Venes del polvo y a él te vas ";

y a él te vas, dice el hombre, para no regresar.

La tierra que agullaba te llevaba,

Adán, heredero⁽¹⁾ del mundo, no te divide;

tu sueño le hizo ver pesados⁽²⁾ los centurias

y le asusta el secreto de tu largo dormir
 que te degrada y (que te) descompone.

Goy 24/26)
(1)

UAB

Universitat Autònoma de Barcelona
Biblioteca d'Humanitats

Adam, el primogénito del mundo, es el dios

Y mientras huye cada generación agota
sus rojizas mananaras,
la tierra aún anura
el sal en tus cabellos.

Y todavía fueras como árbol que se empina
si tu rescate hubiera la tierra anticipado,
polvo del polvo de la arcilla prístina
que nos contagiar la caducidad.

Y a ti en hilera venas,
Adán, detrás de ti, por el camino viejo.
Y ni podemos ver la luz que tanto amabas
sin pensar que llevamos en jirones tu
cuanto.
Pero aún así tu lumbrera de gloria
se reflejó en la multitud de seres
Breve tal nuestra noche, es transitoria,
Adán, tu noche bajo bello.

En la hora amarga del adios, cantad
 una canción de cuna, la más dulce.

Porque Dios siempre crea y alarga el universo,
 y el polvo de la muerte hora brillar.

¡ Oh de los vivos primogénito, al que un ángel

separó un día en cuna por solo el conocido,
 a los graves acordes del llanto de la tierra!:

Se alzó un Hijo tuyo que en la piedra dormía
 sin ninguna señal de desgracias,

y no deshecho en polvo y en cenizas, sino
 entre el alba, por donde le quisó aún la muerte,
 el primer ser nacido de los muertos.

Porque Dios arrebató
 solo vivos, e ignora ley mortal;
 no para polvo o huesos entregó
 su alianza eterna.

Tenemos contra el fin una promesa

Le Dios, que se renueva en cada estirpe,
 más alta en la de Abraham que en la de Noé.
 Dios, concediendo loes, aumenta su tesoros.
 El su promesa ensancha más que se fe el viviente.

Y el nuevo primogénito, el príncipe del cielo,
dirá: "Cuanto es de Dios me pertenece";

Y El, viendo que se acerca a su albedrío
el vuelo de los ángeles hasta el valle de lágrimas,
día vendrá en que estando entre una muchedumbre,
suspira, fatigado por tantas peticiones:

"¡Oh labriegos de polvos pedregales,
oh pescadores con las redes viejas!
Yo os donaré el milagro de Jénar."

Pues El, para aliviar nuestra agnía y angustias
en la paz que nos dan los augurios cumplidos,
he de vivir tres días sumido por la muerte
y el tercer día se liberará.

Por el suroeste de plata de sus pasos serenos,
en pago de sus penas, será hallado más bello
por expertos de ^{AMOR} amor el paraíso
siempre más alejado de las crestas brutales

...
y del viejo y sangrante altar sobre el abismo.
Descorrido como un telón
el cielo, ante la estirpe redimida,
mostrará el fin de las edades.
Piedra y árbol que giran, con vista brillerán
al ver glorificados a los santos.
La muerte será rota en sus guaridas
y héroes se volverán las cenizas que rot
y será luz la renacida sangre
y el cuerpo vindicado de todos sus ultrajes.

Al hablar Jonas, en la hora en que dorma
el día, y el silencio se alarga en el collado,
y el corazón rendido de cansancio, se alivia
suscitando en la paz; [1]
cesa la charla del follaje;
por el confín del cielo una tenue
suavemente una nube se deshace, [cundo;
ella misma borra en palacio blanquecino;

Goy 24(7b)

UAB

Universitat Autònoma de Barcelona
Biblioteca d'Humanitats

Con un suspiro de paz

Y en quien se aviene a la luz nocturna
un pensamiento de piedad destella
como un astro que cal.

Salta en mi pecho como un niño al sol del día
oh intelecto de Dios,
tú que arreglas los pliegues de la dicha
y como con un canto abrevias nuestro duelo.
Oh lecho, oh fuente que brozas, oh airecillo marino,
ojos de oro mirando a través del paraíso,
y en la hora que estalla el calor pulverizante.
sombra segura de una roca.
Pues todo, salvo Dios, es pasajero.
¿Quién dirá sus diversos y eternos resplandores
con habla extraña
y labios tartamudeos?
¡Adios, pues, grandes zarpas de avaricia y castigo!

...
¡ Claro que morir por nueva nacencia!
Sólo en amor se volverá el rebelde.
Fues sobrepasarás la justicia del Padre,
¡ oh maternal cuidado
del regerón, la miel y las manzanas!